
La búsqueda de los cuerpos como insurgencia cívica: los desaparecidos en México

The Search for Bodies as Civic Insurgency: The *Desaparecidos* in Mexico

ANA MARÍA GONZÁLEZ LUNA C.

Universidad de Milán-Bicocca, Italia
Anamaria.gonzalez@unimib.it

Resumen: En este artículo se propone –desde la lente del periodismo narrativo– la reconstrucción de la insurgencia civil que se ha generado entre los familiares, fundamentalmente madres y esposas, de los desaparecidos en México, muchos de ellos migrantes centroamericanos. Madres, esposas, hermanas, pero también padres, hermanos y abuelos, se rebelan ante la evidente ausencia de un Estado de Derecho encerrado en el silencio impune. Ante la constante negación y violación de los derechos fundamentales del ciudadano que busca a su familiar, que necesita saber dónde está, recuperar su cuerpo, el dolor por la ausencia del desaparecido se transforma en rebelión canalizada en la gradual organización de pequeños grupos que se multiplican y van formando una red de apoyo y asistencia en esa búsqueda incesante que transita no solo por las oficinas de policía y gobierno, sino por los campos sembrados de fosas clandestinas. Se subraya la continuidad con el grupo conocido como “Las Doñas”, Comité Eureka constituido por las madres y familiares de desaparecidos, grupo aún activo, fundado en México por Rosario Ibarra de la Piedra en la década de los setenta durante el terrorismo de Estado.

Palabras clave: desaparición forzada, México, periodismo narrativo, insurgencia, Marcela Turati

Abstract: From the perspective of narrative journalism, this article proposes to reconstruct the civic insurgency that has recently emerged within families, especially among mothers and wives, of *desaparecidos* in Mexico, many of whom are Central American migrants. Mothers, wives, sisters, but also fathers, brothers, and grandparents, are speaking out against the undeniable absence of a rule of law whose silence continues to go unpunished. Their suffering has been changing as a consequence of the permanent negation and violation of the fundamental rights of those men and women who, looking for family members, need to know where they are, and retrieve their bodies: their battle has, therefore, turned into a rebellion moving toward the gradual organization of small groups, that are multiplying in number, thus creating a network of support and aid for the incessant search not only through police and government offices but also over fields sown with clandestine graves. In this regard, one should emphasize their continuity with the group known as “Las Doñas”, the Eureka Committee established by mothers and relatives of *desaparecidos*: it is still an active group that was founded in Mexico by Rosario Ibarra de la Piedra in the 1970s, during the years of State Terrorism.

Keywords: *Desaparecidos*, Mexico, Narrative Journalism, Insurgency, Marcela Turati

Recibido: agosto de 2019; **aceptado:** octubre de 2019

Cómo citar: González Luna C., Ana María. “La búsqueda de los cuerpos como insurgencia cívica: los desaparecidos en México”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 37 (2018): 46-60. Web.

Mordemos la sombra
Y en la sombra
Aparecen los muertos
Como luces y frutos
Como vasos de sangre
Como piedras del abismo [...]
Los muertos tienen manos
Empapadas de angustia
Y gestos inclinados
En el sudario del viento
Los muertos llevan consigo
Un dolor insaciable
Esto es el país de las fosas.

David Huerta

La formación de grupos de familiares de desaparecidos en México, caracterizados por una fuerte presencia de mujeres, pueden ser considerados movimientos de insurgencia del siglo XXI en cuanto son clara expresión de una rebelión contra la autoridad, un levantamiento espontáneo, quizás silencioso, solitario o minoritario, contra la ausencia de un Estado de Derecho, contra la impunidad.

Consecuencia de la desaparición forzada, esta insurgencia no pretende tomar el Estado, ni espera justicia más allá del saber dónde están sus familiares, vivos o muertos. Movidas por el dolor de la ausencia, del espacio vacío, de la Incógnita –con mayúscula–, se han ido reuniendo madres, hermanas, esposas, abuelas que comparten no solo el llanto, sino la búsqueda activa. Han ido formando grupos de familiares de desaparecidos que se levantan contra la autoridad, son rebeldes, desobedientes, indóciles como los definía Octavio Paz en *Corriente Alterna* (148). Desobedientes como Antígona, indóciles como los muertos que reclaman una identidad y una digna sepultura.

El relato de esta gestación de grupos minoritarios que van formando colectivos cada vez más fuertes, con más voz, lo encontramos en el periodismo narrativo de otras mujeres cuya labor y escritura es también expresión de insurgencia en cuanto luchan contra el silencio de la normalización que se intenta imponer, contra la estrategia disuasiva de desvanecer la palabra, desaparecerla. Sabemos bien que ejercer el periodismo en México hoy en día es en sí un acto de rebelión

y de resistencia, más aún cuando el trabajo los lleva a espacios de mayor riesgo como es el de la desaparición forzada, y, como recientemente se ha definido en México, de la desaparición “cometida por particulares”¹.

Focalizo la atención en la narrativa de una de las periodistas que fundaron el grupo *Periodistas de a pie*, a raíz de su labor con las víctimas de la violencia, de la desaparición forzada.² Marcela Turati, testimonio a su vez de la insurgencia de las periodistas que denuncian, investigan, relatan contraponiendo sus crónicas al discurso hegemónico generado en ámbitos gubernamentales y empresariales y reproducido acríticamente por un sistema que vive de la espectacularización de la violencia y crea un imaginario colectivo que deforma la realidad. Es quizás la periodista que más se ha dedicado a cubrir el tema de familiares de desaparecidos. Sus artículos y crónicas son ya punto de referencia para los estudios sobre desaparición forzada en México.³

La perspectiva de su periodismo narrativo es explícitamente la de las víctimas de la violencia, de la desaparición forzada en México, es decir de quienes viven sus efectos en carne propia y se organizan en comunidades activas. Sus crónicas son fruto de investigación y de testimonio que derrumban la narrativa unívoca oficial.

Al ser la desaparición en México una constante que condensa el nivel de violencia que consume el país, las víctimas se multiplican. Si bien las autoridades mexicanas suelen ofrecer registros dudosos sobre los desaparecidos, los datos más recientes que ha dado la Comisión Nacional de Búsqueda en enero del presente año hablan de 40,180 personas desaparecidas, según cifras del Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas (RNPD).⁴ Se añade a estos datos que en México desaparecen 13 personas cada día y que en promedio cada dos días es encontrada una fosa clandestina y de ellas son recuperados restos de personas no identificadas. A algunas, los victimarios

¹ Recientemente la ley mexicana ha incorporado la categoría de desaparición “cometida por particulares”, que, si bien jurídicamente no parece del todo clara, evidencia los límites de la categoría de desaparición forzada acuñada en el 2006 por la Convención Internacional para la Protección de todas las Personas contra las Desapariciones forzadas. Dicha categoría, que era la respuesta a la violación de derechos humanos por parte de fuerzas estatales o paraestatales durante las dictaduras del cono sur latinoamericano en los años setenta, hoy en día no es suficiente para explicar y dar cuenta de la desmedida violencia y de sus formas más complejas e indeterminadas que en México ha generado la llamada Guerra contra el narcotráfico. (Ver: Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas, DOF, 17/11/2017).

² La revista en línea de *Periodistas de a pie* abrió en 2017 una serie documental dedicada a los testimonios de familiares de desaparecidos: “Buscadores”.

³ Colaboradora de la revista *Proceso*, la mayor parte de sus artículos están publicados en dicho semanario. En 2011 publicó *Fuego cruzado*, sobre las víctimas de la violencia en México. Algunas de sus crónicas se encuentran también en otras iniciativas editoriales; recientemente ha creado *A donde van los desaparecidos*, un sitio de investigación periodística y análisis sobre las lógicas de la desaparición de personas en México (adondevanlosdesaparecidos.org).

⁴ Sergio González Rodríguez denunciaba que los datos que da el gobierno mexicano son cifras de escritorio y evitan los hechos, “sólo cuenta aquello que las autoridades estatales o federales ‘documentan sin discordancia’” (54). En los registros oficiales no aparecen los numerosos sujetos que no tienen existencia civil, los marcados desde siempre por la invisibilidad.

intentaron desaparecerlas con fuego; con otras utilizaron métodos químicos o ácidos (ver Turati, “Laboratorio”).

En México es imposible distinguir con claridad entre desaparición forzada y desaparición por secuestro, extravío, privación ilegal de la libertad. Es una incógnita. De cualquier manera, buena parte de estas desapariciones entran en la acepción de desaparición forzada de la Convención Internacional para la Protección de todas las Personas contra las Desapariciones Forzadas, adoptada el 20 de diciembre de 2006 por la Asamblea de las Naciones Unidas y ratificada en febrero de 2007.⁵

La desaparición forzada en cuanto tecnología de represión del Estado que se produjo en los años setenta y ochenta del siglo XX en América Latina como recurso contra la disidencia política, en México se practicó de manera focalizada y registró una disminución en 1978, para volver a incrementarse a partir de 2006, pero bajo nuevas modalidades. Si durante la “guerra sucia” los policías o militares se llevaban a disidentes políticos detenidos al cuartel o a la jefatura de policía, los interrogaban y torturaban antes de arrojarlos al mar o enterrarlos en cementerios clandestinos, en la actualidad con tantos actores armados, estatales y privados, todo es nebuloso y difuso. El método no es novedoso, pero sí más sofisticado, difícil de clasificar y de explicar. Así lo anota nuestra autora en uno de sus textos:

Ahora son esfumados los varones en edad productiva y generalmente sin filiaciones políticas, y no se sabe para qué. Teorías hay muchas: para engrosar los mermados ejércitos de narcos, para trabajos ilícitos forzados, para traficar con sus órganos, para aprovechamiento sexual, para sacar dinero en extorsiones, para limpiar el país de delincuentes, para dejar a la comunidad en confusión, por meterse con quien no debían, por estar en el lugar equivocado a la hora errónea o, a manera preventiva, para que no engrosen las filas de algún cártel enemigo. (Turati, “Tras las pistas” 107)

Esta diversidad de modalidades represivas se explica por el cambio en las estructuras de poder y del aparato estatal en el sistema neoliberal que caracteriza el sistema de gobierno actual. Si en el periodo de la guerra fría la desaparición forzada era instrumento de control estatal sobre los disidentes internos, considerándolos enemigos que había que aniquilar, ahora se trata de un control territorial y de desposesión llevado a cabo por diferentes agentes tanto estatales como privados, como indica Pilar Calveiro en su ensayo “Desapariciones: de la llamada Guerra Sucia a Ayotzinapa”. No se trata, pues, de una simple continuidad de las desapariciones ocurridas en los años setenta, todo ha cambiado desde la configuración del Estado, hasta las disidencias. De ahí que la categoría que tipifica las formas de desaparición ya no es suficiente para explicar la situación mexicana, para dar cuenta de crímenes en los que está o no involucrado el Estado.

⁵ El artículo dos de la Convención Internacional dice: “El arresto, la detención, el secuestro o cualquier otra forma de privación de libertad que sean obra de agentes del Estado por personas o grupos de personas que actúan con la autorización, el apoyo o la aquiescencia del Estado, seguida de la negativa a reconocer dicha privación de libertad o del ocultamiento de la suerte o el paradero de la persona desaparecida, sustrayéndola a la protección de la ley.”

El Estado al ocultar, niega y desaparece la desaparición en medio de la impunidad. En efecto, el aparato político encargado de desaparecer personas en los años setenta y parte de los ochenta nunca recibió castigo:

Los ex presidentes bajo cuyos gobiernos se practicaron la mayoría de las desapariciones murieron en sus camas, por vejez; los policías y los militares acusados de “limpiar el país de subversivos permanecieron en áreas de gobierno relacionadas con la seguridad o dejaron de ser funcionarios” (Turati, “Reportear” 175).

De ahí que lo que está sucediendo actualmente sea en buena parte la consecuencia lógica de la falta de investigación, de la ausencia de condenas judiciales, del reciclaje de funcionarios públicos expertos en deshacerse de personas, y de la colusión entre éstos y los criminales. En México hay una larga historia de impunidad que autoriza la continuación de prácticas de desaparición forzada. Un trabajo de exterminio planificado que, como afirma Gabriel Gatti en su ensayo “De viaje entre México y Melilla. Notas para una cartografía imposible de la desaparición social”, es sobre todo “una rutina que hace a la forma de gestionar la vida. O de no hacerlo. La cosa es más de estructura que de coyuntura” (s.p.).

A raíz de la catástrofe que representa la desaparición de un familiar, que trastoca la vida individual y colectiva, porque el desaparecido representa la negación máxima del sujeto, su expulsión del entorno social (ver Morbiato 140), tanto durante la “guerra sucia” como en la desaparición forzada de las últimas décadas en México se han constituido movimientos sociales que se enfrentan a las autoridades y exigen al Estado. En los años setenta la actividad de estos movimientos estaba connotada por la militancia política de los desaparecidos; las Doñas, madres de desaparecidos en México, formaron el Comité Eureka encabezadas por Rosario Ibarra de la Piedra. Fueron ellas, las Doñas, quienes salieron a las plazas a manifestar con aquel grito que las distinguía y que cincuenta años después se volvería a escuchar, marcando una indiscutible línea de continuidad, con la desaparición de otros estudiantes, los 43 de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos Ayotzinapa: “Vivos se los llevaron, vivos los queremos.”

Si bien distinguimos las diferencias entre la desaparición forzada de los años setenta que tiene una evidente marca política y la desaparición de las últimas dos décadas, los efectos de la desaparición forzada en los familiares parecen ser sustancialmente comunes. Las experiencias emotivas y relacionales los llevan a formar lo que Gatti llama un campo social, cuyo centro es la figura del desaparecido, que no está ni vivo ni muerto, ni presente ni ausente, un espacio donde se utiliza un lenguaje propio y se comparte una retórica –memoria, ausencia, silencio, vacío– (ver Gatti, “De un continente al otro” 529).

Precisamente en este campo social se dan prácticas políticas que se proponen contrarrestar las narrativas dominantes, donde, como testimonian las crónicas de Marcela Turati, se construyen mecanismos que permiten ir superando el miedo y ayudan a sanar el dolor, los quiebres que la catástrofe de la desaparición forzada provoca en los familiares. Las movilizaciones sociales de estos familiares son un ejemplo claro de prácticas políticas de insurgencia, desde la Caravana

de las Madres Centroamericanas que cada año hace su peregrinación por México en busca de sus hijos migrantes,⁶ los cada vez más numerosos colectivos y grupos de desaparecidos en el norte del país, hasta los colectivos que surgieron a raíz de la desaparición forzada de los 43 estudiantes de Ayotzinapa.

Se trata de experiencias de resistencia en las que el trabajo político es operado en medio de un sistema anómico por hombres y mujeres que se mueven en los intersticios de la violencia y la impunidad para sanar heridas, elaborar el luto, zurcir las relaciones rotas como consecuencia de la desaparición del familiar: “la colectivización de la experiencia de duelo ha dado vida a las campañas de búsqueda, investigaciones autónomas y procesos de reconstrucción de subjetividades heridas” (Morbiato 141). Una colectivización cuya transformación se expresa significativamente en el trabajo de las Brigadas Nacionales de Búsqueda de Desaparecidos que ya no solo buscan a sus familiares sino a todos los muertos, a cualquier cuerpo (ver Turati, “Reportear” 194).

Los familiares buscan a quienes han dejado de ser ciudadanos, sin nombre, sin cuerpo y sin historia, pasan a ser nombrados con un único término enunciado como sustantivo, ya no como participio, porque estar desaparecido no es lo mismo que ser un desaparecido. Las madres de desaparecidos son víctimas de una violencia que de repente se impuso en sus vidas desbaratándolas, desbarajustándolas. Víctimas que cuando logran vencer el miedo, que aísla y paraliza, se organizan para oponerse a la verdad oficial, hegemónica, y para buscar juntos a sus familiares, salvan el riesgo de encerrarse en la retórica del dolor, en la pura expresión del dolor, evitando instalarse en el papel de víctima doliente (ver Gatti, “De un continente al otro” 531).

Antígonas y Piedades mexicanas

“Son las Antígonas modernas, las que cumplen la ley de la sangre, aunque esto signifique rebelarse contra el Estado” las que “movidas por las leyes del corazón, recorren el país peinando procuradurías, carreteras, hospitales, cárceles, morgues, cementerios, baldíos y fosas comunes” (Turati, “La guerra” 242, 237), las que salen a cobijar a las otras. Una analogía desgarradora que actualiza el drama de esa figura de la mitología clásica que se rebela conscientemente ante la autoridad para dar sepultura al hermano y que hoy se encarna en *Antígona González*, la hermana mexicana que busca incansablemente a Polinices en el texto de Sara Uribe.

Mujeres que se transforman en Piedades. Madres que pasan de cargar solas el vacío de la ausencia del hijo, paralizadas en un llanto infinito, a formar comunidad. Turati da voz al testimonio de esas madres que “parecían una Piedad

⁶ En noviembre de 2018 tuvo lugar la I Cumbre de Madres de Migrantes desaparecidos que no se ha encerrado en fronteras geográficas y ha recibido delegaciones de otros países y de otros continentes, desde los centroamericanos Guatemala, Honduras, Nicaragua, hasta los africanos Túnez, Senegal, Marruecos.

incompleta llorando en los rincones por el hijo que no pueden tener en brazos” (Turati, “Tras las pistas” 107). Madres que, sin embargo, han logrado salir de ese aislamiento donde permanecían escondidas por miedo a denunciar, por temor al rechazo, porque el miedo, dice Uribe en *Antígona González*, cohibe la acción y una amplia gama de emociones, el miedo se cuele en las mallas de las relaciones, las aparta y las desestructura.

No solo el miedo, también la culpa las paraliza, corroe, aísla, y en ello tienen mucho que ver los métodos de investigación de la Procuraduría que culpabilizan a las víctimas presentando a los desaparecidos como sospechosos de su destino. Entonces, al escucharse toman conciencia y sus gestos individuales de indudable insurgencia se transforman en fuerza solidaria para crear una comunidad que acompaña, cuida, organiza. En un segundo momento, en grupo y con la ayuda de asesores válidos, irán aprendiendo a reconocer la política del miedo que impone el Estado, para paralizarlas y confundirlas, como instrumento de control y mecanismo de impunidad. La toma de conciencia les da mayor fuerza.

Antígonas que tienen su propio lenguaje y hablan de “corazones rotos, de vientre vacío, de un dolor en el alma, de intuiciones y corazonadas, de caminos regados con lágrimas, de vidas hechas pedazos, de amor de madre, de bebés que un día tuvieron en la cuna” (Turati, “La guerra” 241).

Piedades que lloran, que desde que se despiertan hablan con una persona ausente, que se organizan con otras, trabajan sin alarde, intentan exorcizar el horror paralizante que se respira en el aire. Marcela Turati descubre a estas mujeres, Antígonas y Piedades, y les da la palabra desvelando un mundo femenino de dolor y cuidado. La experiencia vivida determinará no solo el trabajo, sino también el destino de esta periodista: no ha podido quitarles la mirada de encima:

A su lado me encontré con el mundo secreto que despliegan las mujeres cuando les toca enfrentarse a una guerra. Vi con una intensidad nunca antes tan bien perfilada lo que significa la ética del cuidado por los otros, la manera femenina de enfrentarse a la emergencia social (entonces no sabía que el suyo sería también mi destino). (Turati, “La guerra” 236-237)

Al lograr vencer el miedo que se ha vuelto sustancia de la sociabilidad y el Estado, las Madres, los familiares, le apuestan a “recobrar la capacidad de nombrar el mundo, lo cual reviste un lance estratégico respecto a la fenomenología del miedo y el potencial destructivo/constructivo de éste” (González Rodríguez 79). Por ello, al nombrar el miedo, se apropian de la palabra y otorgan una identidad a esa realidad sin nombre, sin cuerpo, sin historia que es el desaparecido. Así, las madres de los desaparecidos al organizarse resignifican el mundo ante el quiebre y fortalecen el tejido social, cuestionan el discurso hegemónico sobre la violencia y se transforman en defensoras de derechos humanos, “en madres que experimentan una maternidad colectiva” (Turati, “Tras las pistas” 121).

Esta transformación es ya un logro importante y significativo, han conquistado una dignidad que nadie les quita. Reconocen ellas mismas, según documenta Turati en su texto “Tras las pistas de los desaparecidos”, haber aprendido

a manifestarse sin miedo; haber dejado de ser invisibles, haber logrado obtener la atención de los periodistas y de la ONU, haber transformado el lenguaje (se ha dejado de hablar de levantados y encajuelados, ahora se habla de desaparecidos), haber organizado marchas nacionales. Son capaces de desenmascarar las estrategias de Estado, desde la negación de la justicia, la intimidación y la amenaza (ver Turati, “Tras las pistas” 123). El contar la propia historia y escuchar las historias de las otras las lleva a concluir que en México la desaparición forzada es amparada por el Estado y que los mecanismos de la impunidad garantizan que el delito siga cometiéndose. Cientos de esas madres y hermanas, Piedades y Antígonas, marcharon juntas el 10 de mayo de 2012 por las avenidas de la Ciudad de México, reclamaron a gritos los hijos robados del nido, hartas de pedir a la justicia que investigue y de surtir pistas a los fiscales (ver Turati, “Tras las pistas” 108). Desde entonces, cada año en el día de la Madre, realizan esa marcha suplicando, exigiendo, demandando que les devuelvan a quienes las estarían festejando. Esa primera marcha del 2012 fue el resultado de encuentros previos realizados durante años en diferentes regiones del país y en distintas modalidades que Turati traza como un mapa del dolor –que tiene como punto de partida Tijuana, Baja California, en 2008, y se detiene en mayo de 2012 en León, Guanajuato, días antes de la primera marcha–, en el que se gesta la organización de las madres y familiares de desaparecidos en el norte de México (ver Turati, “Tras las pistas”).

Geografía del dolor

Ese mapa del dolor se extiende en las crónicas sucesivas trazando un recorrido cronológico y geográfico que sigue los pasos de los familiares, víctimas de la desaparición forzada, de norte a sur del país. En esa trayectoria encontramos fechas y lugares emblemáticos que explican la formación de grupos, fundaciones de comités, construcción de redes. La primera se sitúa en Tijuana el 25 de enero de 2009 con la aparición pública de Santiago Meza López, “El Pozolero”, del Cártel de Tijuana, encargado de disolver los cadáveres con sosa cáustica utilizando la técnica de la elaboración del pozole, un caldo típico mexicano (ver Turati, “Reportear” 182; “Ensayo”). Una operación extrema que revela una estrategia del terror que busca borrar el rastro de los cuerpos utilizando técnicas dedicadas a la separación de las partes del todo corporal, una verdadera “cirugía política” en el sentido que le da Arjun Appadurai por sus efectos políticos de desmembramiento del cuerpo de la sociedad.

Las declaraciones de “El Pozolero” dieron a las autoridades la coartada perfecta para cerrar las nunca investigadas denuncias sobre desapariciones y la excusa para no abrir otras: el efecto de la sosa cáustica había arrasado con la información genética contenida en los fragmentos hallados en la zona. A partir de entonces los familiares de los desaparecidos decidieron hacerse cargo de las investigaciones. Otro momento significativo fue el descubrimiento de las fosas de San Fernando, Tamaulipas, en agosto de 2010, que Turati cubrió y documentó

detalladamente. Dicho hallazgo visibilizó el problema de las desapariciones forzadas, se empezó a hablar de este drama. Cuatro años después, con el caso de los 43 estudiantes de la Escuela Normal de Ayotzinapa en septiembre de 2014, se visibiliza la organización de los familiares de los “otros desaparecidos de Iguala” otorgándole un poder simbólico, esto permitió que el trabajo emprendido desde hacía años por otros comités de familiares desaparecidos, saliera de la marginalidad y el olvido, y se volviera de dominio común. La atrocidad de lo sucedido removió el dolor de los familiares de los desaparecidos y provocó que se organizaran inmediatamente para buscar con sus propios medios y asumiendo los riesgos que implicaba hacerlo en territorio narco:

Incontenibles, se lanzaron al cerro así nomás, a corazón abierto, sin comida ni agua pero con uñas, manos, picos, palas, barretas, varillas, machetes, mazos, lo que tuvieron a mano, para excavar hasta dar con sus familiares desaparecidos. Llevaban lentes oscuros, paliacates o gorras por el miedo a ser identificados, pues sabían bien que habían traspasado un territorio de sicarios. Eran unos 50 desenterradores. (Turati, “Los desenterradores” s.p.)

El 15 de enero de 2015 marca, pues, el inicio de la “búsqueda a corazón abierto” y el paso del diálogo desconfiado con las autoridades federales a la ruptura del mismo; de la demanda de búsqueda de los jóvenes con vida, a la búsqueda de hecho, formando grupos civiles organizados y apoyados (ver Calveiro, “Políticas”). Ayotzinapa representa un detonante en la búsqueda por parte de la sociedad civil que a partir de Iguala se empieza a multiplicar por otros estados.

La fuerza del relato que encontramos en las crónicas revela el dolor y la lucha de los familiares de las víctimas de desaparición forzada, el triunfo contra el silencio y contra la política del miedo. El trabajo de estos desenterradores, que en pocos días sacó a la luz decenas de fosas y de cadáveres, obligó a la Procuraduría General de la República a participar y supervisar la búsqueda. Nunca de manera suficiente ni constante, pero no han podido esconderse detrás de la evidencia material de los restos.

Al darse cuenta de que su dolor formaba parte de una estadística nacional de decenas de miles de desaparecidos, y de que el Estado desdeñaba ocuparse de la desaparición de personas, fundaron el Comité de Familias de Víctimas de Desaparición Forzada. Todo esto generó una nueva oleada de búsqueda de desaparecidos en varios estados que ha ido trazando una geografía del dolor, una concepción de territorio en la que no es aceptable que ciertas personas hayan sido reducidas a existencias fantasmas, por desechables, secundarias y prescindibles (ver Morbiato 156).

En esta geografía de las desapariciones, Turati traza una línea de continuidad con un pasado en el que se reconocen las madres de los desaparecidos al ver en las Doñas mexicanas de Eureka a “sus maestras, sus ancestras, sus hermanas” (Turati, “Tras las pistas” 121). Un pasado vinculado con su propia experiencia como periodista: en el año 2000, cuando era una reportera novata que cubría protestas callejeras, le asignaron la manifestación “de un grupo

de ancianas vestidas de negro; eran madres de las y los jóvenes detenidos y desaparecidos en los años setenta, la época conocida como la ‘guerra fría’” (Turati, “Tras las pistas” 172). Conocidas como las Doñas del Comité Eureka,⁷ esas mujeres que desde los años setenta pedían a los gobiernos de turno que investigaran el paradero de sus hijos, lograron finalmente que en 2002 el gobierno creara la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP). Sin embargo, dicha fiscalía, encargada de investigar y sancionar los llamados “delitos del pasado”, jamás logró consignar penalmente a una sola persona durante su media década de existencia (Turati, “Tras las pistas” 174).

Inesperadamente, un día se unió a la manifestación de las Doñas una mujer joven y desconocida que no vestía de luto y llevaba la foto a colores de un veinteañero, que contrastaba con las fotos en blanco y negro de los años setenta que llevaban las ancianas. Esa mujer era Diana Martínez Dueñas, hermana de Alejandro, el recién llegado al limbo de los desaparecidos (ver Turati, “Reportear” 174). Una Antígona que pasó años en marchas y manifestaciones, pidiendo información y exigiendo a las autoridades que buscaran a su hermano.

La investigación de las crónicas de Turati, donde los datos han sido verificados y las fuentes seriamente elegidas, va acompañada de un relato más amplio que problematiza el desastre de la desaparición, la catástrofe que se establece en las vidas de los familiares, dejando amplio espacio al testimonio de las víctimas. Sus palabras parecen un eco de lo dicho por otras víctimas en momentos y geografías diferentes sobre “la pérdida de referencias, la desorientación, el desastre que llegó para generar una inestabilidad que se vuelve estable, permanente en la construcción social de sentido y subjetividad” (Gatti, “De un continente al otro” 529).

En los comités y organizaciones de familiares de desaparecidos testimonios por Turati, el duelo íntimo se manifiesta y se transforma en proceso colectivo, punto de partida para pensarnos como un “nosotros”, construcción de una comunidad política. Porque, como afirma Butler, el duelo abierto está estrechamente relacionado con la indignación, y la indignación frente a una injusticia, o una pérdida insoportable, tiene un potencial político enorme.

Así, los textos de nuestra periodista se construyen desde el testimonio de los familiares, víctimas de la desaparición forzadas, e inevitablemente se tejen con su propia experiencia como sujeto no solo de observación, sino de acompañamiento en el duelo, en la búsqueda incansable de cuerpos, de respuestas, de caminos que los lleven a encontrar un rastro. Experiencias que han cambiado radicalmente su vida.

⁷ En octubre de 2017 se constituyó el Frente Nacional contra la Represión en el que se reúnen las madres del Comité Eureka con los familiares de activistas de Derechos Humanos que han desaparecido.

Una doble insurgencia

Una doble insurgencia se evidencia en el trabajo periodístico de Marcela Turati, la de los grupos de mujeres y hombres que buscan incansablemente a sus familiares desaparecidos y la de quienes testimonian su trabajo, se hacen responsable del relato, de dar voz y de visibilizar un drama ignorado. El trabajo al lado de estas personas, en su mayoría mujeres, ha ido transformando la vida de periodistas como Turati, que pasaron “de ser reporteras normales a militantes por los derechos humanos” y comenzaron “a ser llamadas –no sin sorna– “defensoras” o “activistas” (Turati, “La guerra” 242).

La experiencia con los familiares de los desaparecidos llevó a Turati, junto con otras colegas como Daniela Rea, a organizarse y fundar, en 2006, una organización (Periodistas de Pie) que se dedicará a dar capacitación a periodistas que cubrían la pobreza. La violencia las había sorprendido impreparadas y cambió sus vidas, necesitaban encontrar estrategias para autoprotegerse, autocuidarse. Asumen la propia responsabilidad de cuidar a otros y de evitar que el silencio se imponga. Hacen un trabajo más silencioso respecto a las organizaciones tradicionales de periodistas, dan asesoría a quien lo pide, recolectan fondos para familias o buscan psicólogos o abogados para quien lo necesita. Desde su propia trinchera, se rebelan contra la violencia, contraponen sus investigaciones y reportajes a la verdad oficial. Ellas también aprendieron a marchar. En 2010 organizan la primera marcha exigiendo justicia para los periodistas asesinados y desaparecidos en México.

En lo específico Marcela Turati cuenta que ya desde 2008 se dedicaba a cubrir noticias sobre las víctimas invisibles de la violencia, y que había comenzado a entrevistar a personas desesperadas porque desconocían el paradero de algún familiar que simplemente no regresó a casa: “En medio de tanta confusión no sabían a quién dirigirse o cómo empezar la búsqueda, y las autoridades tampoco los ayudaban” (“Reportear” 170).

Al descubrir que las familias afectadas por tales hechos habían empezado a encontrarse y a crear grupos de personas unidos por la misma tragedia, Turati empezó a asistir a talleres educativos donde intercambiaban información, a registrar los recorridos de estos familiares por el laberinto de una burocracia empeñada en no investigar. Desde entonces sus crónicas nos relatan los recorridos por las morgues, las peregrinaciones por los cementerios solicitando informes sobre cuerpos no identificados enterrados en las fosas comunes y también las exigencias a las autoridades y demandas a los departamentos de servicios periciales, a los que exigían la realización de un registro nacional de cuerpos no identificados y un banco nacional de ADN. En poco tiempo, nos cuenta cómo pasaron a remover la tierra con sus propias manos, sin permiso gubernamental para desenterrar cadáveres (ver “Reportear” 171).

Cuando estos familiares de las víctimas de violencia, huérfanos de autoridades, pasaron a hacer sus propias investigaciones, a meterse en cárceles para enfrentarse a los asesinos de sus hijos y preguntarles dónde habían enterrado

sus huesos, a meterse en zonas controladas por cárteles, territorios prohibidos, intentado obtener pistas del paradero de su familiar, Turati dejó de sentirse fuera de peligro, empezó a vivir ella también el miedo, que no le impidió seguir acompañando y documentando. Pero esto inevitablemente ha ido transformando su mirada y ha condicionado su escritura. Si en muchas crónicas hablaba de cuerpos desaparecidos, noticias como la de la desintegración de cadáveres con sosa cáustica la obligaron a escribir “acerca de microscópicos fragmentos de lo que alguna vez llegó a ser una persona” (Turati, “Reportear” 183). Y así, sigue documentando la trayectoria y la incertidumbre de los grupos, movimientos, comités, fundaciones y grandes colectivos en un nuevo contexto político y ante el actual gobierno que “aún no se ha anunciado cuál será la nueva política para atender y enfrentar el problema de las desapariciones de más de 40 mil personas” (Turati, “La cifra” s.p.).

El trabajo de Marcela Turati está estrechamente unido al de los familiares de los desaparecidos al enfrentar y superar el miedo que anestesia el dolor y cancela la memoria (ver González Rodríguez), al tratar de encontrar con la palabra el sentido desaparecido en medio del horrorismo que hoy es México.

Conclusiones

El trabajo periodístico de Turati da cuenta de la desaparición desbordada que caracteriza México sin excluir a quienes no son estrictamente víctimas de desaparición forzada; en efecto, en sus textos encontramos también a las víctimas de desaparición por secuestro, feminicidio, trata, trabajos forzados, “cometida por particulares”. Su posición como periodista refleja una conciencia clara de la cuestión de la desaparición en México para la cual evidentemente la categoría tradicional de desaparición forzada, utilizada por el derecho internacional y plasmada en la Convención Internacional para la Protección de todas las Personas contra las Desapariciones Forzadas de 2006, ya no es suficiente para cubrir la variedad de formas y su indeterminación. La violencia que se desató a partir de la llamada Guerra contra el Narcotráfico excede los esquemas utilizados precedentemente, y exige, por tanto, nuevas reflexiones y planteamientos, incluido el concepto mismo de desaparición. De ahí la necesidad de pensar la categoría de desaparición más allá del ámbito jurídico para integrarlo en el de los derechos humanos.⁸

Los textos de Turati que he presentado, testimonian una insurgencia colectiva de familiares víctimas de desaparición como respuesta a la ausencia de un Estado de derecho, a la impunidad y al silencio que invisibiliza a los sujetos. Asimismo, desvelan un problema de fondo más grave aún que consiste en la no existencia civil de numerosos individuos que han sido expulsados de la noción misma de sujeto. Una de las aportaciones más significativas de los

⁸ En este sentido va el número de la revista del Instituto Internacional de Sociología Jurídica de Oñati coordinado por Gabriele Gatti, Ignacio Irazuzta y María Martínez, publicado recientemente: “La desaparición forzada de personas: circulación transnacional y usos sociales de una categoría de los derechos humanos.” *Oñati Socio-Legal Series* 9.2 (2019).

mapas y registros de quienes, como Marcela Turati, trabajan en la búsqueda, es la visibilización de quienes ni siquiera existen como ciudadanos en los registros oficiales. El caso de los migrantes centroamericanos que atraviesan México para llegar a Estados Unidos es emblemático en este sentido: sin papeles, sin nombre y sin quien los reclame son sujetos doblemente vulnerables, desaparecidos vivos.

El trabajo de registro y testimonio realizado por Turati contribuye sin duda alguna en la construcción de una cartografía de víctimas de la desaparición en México, que lejos de encontrar un límite y posibles soluciones, sigue creciendo desmesuradamente. La gestación y evolución de las organizaciones de familiares víctimas de desaparición relatada en sus textos no solo es testimonio del cuidado mutuo, del acompañamiento y de la posibilidad de contar con asistencia y preparación para la búsqueda directa. La experiencia colectiva, con sus búsquedas a manos desnudas, sus marchas, sus peticiones continuas, les ha dado una fuerza política que ha llevado a resultados concretos como la instalación de la Comisión Nacional de Búsqueda de Personas (CNBP) para atender los casos de más de 40,000 desaparecidos y 36,000 muertos sin identificar en el país, que se realizó en los últimos meses del gobierno de Enrique Peña Nieto. Seguramente el caso de los 48 estudiantes de Ayotzinapa, que dio una dimensión internacional a la cuestión de la desaparición en México, ha tenido un peso determinante en las respuestas oficiales a las demandas de los familiares de desaparecidos.

Por otro lado, al trazar un vínculo con la insurgencia de las madres del grupo Eureka de los años setenta, Turati ofrece una perspectiva de la historia reciente que evidencia la responsabilidad del Estado de las perversiones que ha vivido el monopolio legítimo de la violencia (ver Aguayo 143) y la indiferencia demostrada hasta el día de hoy hacia el costo humano del crimen organizado. Sabemos que a partir de 1968 una buena parte de la violencia ha ido quedando fuera de los controles legales beneficiando al crimen organizado, cuyos atributos de estado paralelo han sido demostrados precisamente con el caso de los desaparecidos de Ayotzinapa.

El papel determinante que ha tenido el periodismo narrativo llevado a cabo por Marcela Turati en el dar a conocer una realidad silenciada, en el contrastar la versión y los datos oficiales revela un compromiso ético con las víctimas: les da voz, visibiliza su realidad y nos acerca directa pero delicadamente a la experiencia de ausencia y pérdida que conlleva la desaparición de un familiar. Nos permite entender cómo el buscar es la condición de la desaparición, porque a través de las múltiples formas de búsqueda, los familiares intentan recomponer el sentido de la ausencia y dar existencia civil a los individuos que no cuentan porque el mismo Estado los ignora, los niega.

Desde el punto de vista de la literatura, en la que se inserta como género el periodismo narrativo, la desaparición encuentra en la palabra una forma de expresión que dice la realidad para darle sentido. La palabra poética del epígrafe que abre este texto puede también cerrarlo con otros versos de David Huerta que nos convocan dando un profundo sentido de colectividad, en esa primera

persona plural, nosotros, que condensa el dolor de la ausencia, la búsqueda incesante y la esperanza viva ante la muerte ausente:

Estamos tratando de dar
Nuestras manos de vivos
A los muertos y a los desaparecidos
Pero se alejan y nos abandonan

Con un gesto de infinita lejanía.

Obras citadas

- ACNUD. *Convención Internacional para la Protección de todas las Personas contra las Desapariciones Forzadas*. Web.
- Aguayo, Sergio. *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado*. México: Ediciones Proceso, 2015. Impreso.
- Appadurai, Arjun. *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*. Buenos Aires: F.C.E., 2015. Impreso.
- Butler, Judith. *Vidas precarias. El poder del duelo y la violencia*. Barcelona: Paidós, 2006. Impreso.
- Calverio, Pilar. "Políticas de miedo y resistencias locales". *Athenea Digital* 15.4 (2015): 35-59. Web.
- Calveiro, Pilar. "Desapariciones: de la llamada Guerra Sucia a Ayotzinapa". *Cartografías críticas. Prácticas políticas y poéticas que piensan la desaparición forzada*. Los Ángeles, CA: Ediciones Karpa. S.p. Web.
- Gatti, Gabriel. "De un continente al otro: el desaparecido transnacional, la cultura humanitaria y las víctimas en tiempos de guerra global". *Política y Sociedad* 48.3 (2011): 519-536. Impreso.
- Gatti, Gabriel. "De viaje entre México y Melilla. Notas para una cartografía imposible de la desaparición social". *Cartografías críticas. Prácticas políticas y poéticas que piensan la desaparición forzada*. Los Ángeles, CA: Ediciones Karpa, 2018. S.p. Web.
- González Rodríguez, Sergio. *El hombre sin cabeza*, Barcelona: Anagrama, 2009. Impreso.
- Huerta, David. "Ayotzinapa". *Tierradentro*. México: Conaculta, 2014. S.p. Web.
- Morbiato, Caterina. "Prácticas resistentes en el México de la desaparición forzada". *Trace* 71 (2017): 138-165. Impreso.
- Paz, Octavio. *Corriente alterna*. México: Siglo XXI, 1967. Impreso.
- Secretaría de gobernación. *Registro Nacional de datos de personas extraviadas o desaparecidas*, S.p. Web.
- Turati, Marcela. *Fuego cruzado: las víctimas atrapadas en la guerra del narco*. México: Grijalbo, 2011. Impreso.
- Turati, Marcela. "Tras las pistas de los desaparecidos". *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Oaxaca, México: Sur+Ediciones, 2012. 100-125. Impreso.
- Turati, Marcela. "Los desenterradores anónimos". *Proceso* 16 de febrero 2015. S.p. Web.
- Turati, Marcela. "Reportear desde el país de las fosas". *La ira de México*. México: Penguin Random House, 2016. 169-194. Impreso.

Turati, Marcela, “La guerra me hizo feminista”. *La ira de México*. México: Penguin Random House, 2016. 235-244. Impreso.

Turati, Marcela. “Ensayo sobre el uso de ácido”. *A dónde van los desaparecidos*. 12 de noviembre 2018. S.p. Web.

Turati, Marcela, “La cifra de desaparecidos es más alta de la que admitió Peña Nieto”. *Proceso* 20 de enero 2019. S.p. Web.

Turati, Marcela. “Laboratorio contra el olvido”. *Proceso* 27 de enero 2019. S.p. Web.

Uribe, Sara. *Antígona González*. Oaxaca, México: Sur+Ediciones, 2012. Web.